

# « EN MEMORIA DE MÍ »

JAMES L. MAY

Si la muerte, la sepultura y la resurrección de Cristo constituyen el tema central del mensaje del evangelio (1<sup>era</sup> Corintios 15.3–4), entonces la Cena del Señor debe ocupar un lugar central en nuestra adoración. Es a la mesa del Señor adonde se invita a los cristianos a ser partícipes, una y otra vez, junto con los demás y con Dios, de la victoria de la cruz. La centralidad de la Cena del Señor en el culto cristiano es indicada por las profundas raíces que ella tiene en prácticas veterotestamentarias.

Por tres años, Jesús había estado preparando a Sus discípulos, para Su partida. Durante ese tiempo, por lo menos tres veces les dijo que iba a ser entregado en manos de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser crucificado, y resucitar al tercer día (Mateo 16.21; 17.22–23; 20.18–19). Antes de morir, sin embargo, comió con ellos una última vez. La ocasión en que lo hizo fue la Pascua anual, una fiesta que los hebreos observaban desde que sus antepasados fueron liberados de la esclavitud en Egipto. La noche anterior a la liberación de ellos, Dios les había dicho que mataran un cordero y pusieran la sangre de éste en los dos postes y en el dintel de sus casas. Era ésta la sangre de la liberación. Cuando Dios pasó por la tierra para tomar la vida de los primogénitos de Egipto —la última plaga que vino sobre Faraón y su pueblo— fueron perdonadas las vidas de los que pusieron sangre en los dos postes de su casa. Dios les mandó que observaran la fiesta de la Pascua todos los años que vinieran después, para conmemorar el hecho de que fueron liberados de la esclavitud en Egipto (Éxodo 12.1–13.10).

El menú de la Pascua incluía el cordero sacrificial, que había de ser asado al fuego y comido en su totalidad, además de pan sin levadura, hierbas amargas y vino. El pan sin levadura había de recordarles la prisa con que salieron de Egipto, prisa que les impidió ponerle levadura al pan. Las hierbas amargas les recordaba la amargura de la esclavitud que habían sufrido. Cuando Jesús participó en esta fiesta memorial con Sus discípulos, Él tomó dos artículos de la fiesta de la Pascua, y les

dio un nuevo significado, significado que los discípulos no entendieron, sino hasta después.

Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados (Mateo 26.26–28).

Jesús se convirtió en el Cordero sacrificial de la liberación mesiánica. Dio Su propio cuerpo y Su propia sangre como pago por nuestra deuda de pecado, con el fin de librarnos de la esclavitud del pecado y de la muerte. Los sencillos artículos que Él escogió representan de forma apropiada el sacrificio que Él hizo. Los judíos continúan observando la Pascua, y lo hacen para recordar que sus antepasados fueron liberados de la esclavitud en Egipto. Los cristianos continúan reuniéndose alrededor de la Mesa del Señor, y lo hacen para conmemorar que fueron liberados del pecado.

## FESTÍN PROPIO DE UN REY

La muerte de Jesús no significó que los discípulos dejaran de festejar juntos; sino que constituyó el inicio del festín que tendrían a la mesa de su Rey. Es probable que tuvieran dificultad para entender lo que dijo después: «Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre» (Mateo 26.29), o, como lo dijo Lucas: «hasta que el reino de Dios venga» (Lucas 22.18b). Él no volvería a comer la Pascua con ellos otra vez, sino que comería y bebería en un nuevo festín que tendría con ellos cuando viniera el reino; reino que les había prometido que vendría en el transcurso de la vida de ellos (Marcos 9.1), y cuyas puertas le había prometido a Pedro que tendría el privilegio de abrir; reino al cual se refirió también como Su iglesia (Mateo 16.18–19). Pedro usó las llaves del reino cuando se celebró el primer Pentecostés posterior a la resurrección de Jesús.

Ese día él predicó el primer sermón evangelístico, que dio como resultado los primeros convertidos al cristianismo (Hechos 2.14–40), convertidos que fueron sumergidos todos en el nombre de Jesucristo para el perdón de los pecados (Hechos 2.38), y añadidos a la iglesia (Hechos 2.47). La iglesia era el reino de Dios en la tierra. Jesús había prometido también que donde estuvieran dos o tres congregados en Su nombre, Él estaría con ellos (Mateo 18.20). Cuando dijo: «lo [beberé] nuevo con vosotros en el reino de mi Padre», lo que hizo fue prometerles que estaría en medio de ellos cuando se reunieran para participar de la Cena del Señor, después de Su resurrección. Ellos constituirían Su reino, el reino de Su Padre.

La Cena del Señor es un festín apropiado para el Rey Mesiano y Sus súbditos. Este festín hace que los súbditos sean uno entre ellos y con el Rey. El festín que se come alrededor de la Mesa del Señor es «la comunión de la sangre de Cristo» y «la comunión del cuerpo de Cristo» (1<sup>era</sup> Corintios 10.16). Esto es lo que leemos: «Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan» (1<sup>era</sup> Corintios 10.17). Sólo los que han sido redimidos por la sangre sacrificial del Rey son aptos para estar en presencia de Éste, en Su festín. Se les invita a este banquete con un único propósito: participar con Él, y consigo mismos, en el evento que significó la victoria de ellos sobre el pecado.

## UNA CENA QUE SE LLEVABA A CABO EL DÍA DEL SEÑOR

Desde el comienzo mismo de la iglesia, los cristianos se reunían el primer día de la semana para partir el pan (Hechos 2.42; 20.7). La frase «partir el pan» era una expresión que se usaba a menudo para referirse a la práctica de participar de la Cena del Señor. Cuando Pablo habló de «el pan que partimos», en 1<sup>era</sup> Corintios 10.16, él se refería a una parte de la Cena del Señor. Esta fue la ocasión en que se propuso corregir ciertos abusos relacionados con la Cena del Señor que se observaba en la iglesia que estaba en Corinto; ocasión en la cual dio a entender claramente que debían estar reuniéndose con el propósito de comer la Cena del Señor (1<sup>era</sup> Corintios 11.20). Obviamente no era esto lo que estaban haciendo; aunque debían estar haciéndolo. «El consenso de los historiadores de la iglesia primitiva confirma esta práctica. No hay indicio alguno, ni en las Escrituras, ni en la historia del comienzo de la iglesia, que ponga en duda la práctica de los cristianos de reunirse el primer día de la semana para observar esta sagrada comida».<sup>1</sup>

David Roper hizo notar que «los judíos observaban el séptimo día para conmemorar la creación física (Éxodo 20.8–11); los cristianos [en cambio]

---

<sup>1</sup> Jimmy Jividen, *More Than a Feeling: Worship That Pleases God (Más que un sentimiento: La adoración que agrada a Dios)* (Nashville: Gospel Advocate Co., 1999), 105.

---

## ¿CUÁN A MENUDO SE HA DE OBSERVAR LA CENA DEL SEÑOR?

Las preguntas que más se hacen acerca de la Cena del Señor tienen que ver con la frecuencia apropiada de su observancia. Algunos creen que el participar de ella cada semana sería tan frecuente que la trivializaría; sin embargo, los que así piensan no parecen opinar lo mismo acerca del canto, de las oraciones, de las prédicas o de la ofrenda. Jamás he escuchado a un predicador decir que el sermón de cada semana podría tender a trivializar la prédica de la Palabra de Dios. Cualquier argumento que no se pueda aplicar de modo consecuente, es débil. El trivializar cualquier expresión de la adoración tiene más que ver con la actitud del adorador que con la frecuencia de su observancia.

Si en algo ha de ser usado como norma el Nuevo Testamento, ciertamente habrá de serlo en la adoración de la iglesia. La adoración es la respuesta apropiada de todos los cristianos a la actividad de Dios en sus vidas. A los cristianos primitivos se les instruyó y se les guió en su adoración por medio de la enseñanza apostólica. Hay todo un cúmulo de indicios que indican que se reunían cada Día del Señor, el primer día de la semana, para partir el pan —esto es, para participar de la Cena del Señor. Cuando Pablo y sus compañeros de viaje llegaron a Troas, se quedaron allí toda una semana esperando la reunión de la iglesia. Se reunieron el primer día de la semana para partir el pan (Hechos 20.7). Pablo dio instrucciones a los corintios en el sentido de recoger los fondos que él necesitaba para ayudar a los pobres que estaban en Judea, y les dijo que hicieran esto el primer día de la semana, por la obvia razón de que éste era el día en que de todos modos se reunían (1<sup>era</sup> Corintios 16.1–2). Ya les había dado instrucciones sobre cómo participar apropiadamente de la Cena del Señor (capítulo 11), dándoles a entender que se reunían para participar del festín en memoria del Señor. Si el reunirse una vez a la semana, cada domingo, para adorar, no es muy frecuente, tampoco lo es el reunirse alrededor de la Mesa del Señor. No hallamos indicio alguno de que la iglesia primitiva hiciera de otro modo. Ellos seguían la instrucción apostólica, y también debemos seguirla nosotros.

observan el primer día en memoria de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo (1<sup>era</sup> Corintios 11.23–25); [eventos que hacen] posible “una *nueva* creación” (Gálatas 6.15; énfasis nuestro).<sup>2</sup>

### UN MEMORIAL

En el relato del evangelio de Lucas, cuando Jesús instituyó Su festín memorial, Él dijo a Sus discípulos: «haced esto en memoria de mí» (Lucas 22.19b). ¿Sería una pregunta muy trivial si alguien dijera: «Exactamente ¿de qué desea Él que hagamos memoria?»? ¿Creo que no! Es demasiado general decir: «Desea que lo recordemos a Él». ¿Qué desea que recordemos acerca de Él semana tras semana al reunirnos con Él alrededor de Su Mesa? Cuando el cristiano sincero reflexiona sobre la cruz, su mente se inunda con una mezcla de ideas y emociones encontradas. Siente pena y gozo a la vez. Puede que a uno le broten las lágrimas cuando reflexiona seriamente sobre el sacrificio que Jesús hizo en la cruz. Puede que tales lágrimas sean motivadas tanto por la pena como por el gozo. No hay duda de que los cristianos tenemos una buena razón de estar apenados por el hecho de que tuvo que pagarse tal precio por nuestra redención; pero también tenemos una buena razón de estar gozosos por el hecho de que Jesús estuvo dispuesto a pagar ese precio. Ambas emociones son apropiadas. Lo que no es apropiado es reunirse alrededor de la Mesa del Señor cada semana, y hacerlo con los ojos secos, o con muy leve variación emocional, al anunciar juntos «la muerte del Señor [...] hasta que él venga» (1<sup>era</sup> Corintios 11.26b).

Es obvio que Jesús deseaba que recordáramos, no solamente lo que ya hizo por nosotros en la cruz, sino también lo que está haciendo por nosotros ahora que es Rey, Sumo Sacerdote y Mediador nuestro (Hebreos 4.15; 1<sup>era</sup> Timoteo 2.5–6). También desea que recordemos lo que ha prometido para el futuro, y que ha garantizado con Su propia resurrección: «Si somos muertos con él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él [...]» (2<sup>a</sup> Timoteo 2.11b, 12).

Si bien es apropiado mostrarnos apenados y reflexivos al acercarnos a la Mesa del Señor, no debemos olvidar que un festín también implica celebración. Recuerdo que después de que mi padre murió, y que la familia se reunía para las fiestas o los encuentros, siempre estábamos dolorosamente concientes de que él ya no estaba con nosotros. Mi mamá especialmente tenía momentos de tristeza al

recordar cómo era la vida cuando él estaba presente. A veces decía: «Su padre habría disfrutado esto». A la vez, se ponía feliz de que todavía podía estar con sus hijos, y sentir la presencia de él. En un sentido, él estaba allí, porque era parte de cada uno de nosotros. Había tres hijos que guardaban un parecido con él, y mi madre todavía guardaba un recuerdo de él en su corazón.

De un modo parecido, cuando nos reunimos para recordar a Jesús, la cruz ocupa una posición central porque allí fue donde Él pagó nuestra deuda de pecado para liberarnos. El pan y el fruto de la vid nos recuerdan el sacrificio de Su cuerpo y de Su sangre. Él es nuestro Cordero sacrificial. Participamos juntos dando gracias, como Él dio gracias, por el pan y por el vino. Celebramos nuestra liberación. Cuando tenemos comunión con Él y con los demás cristianos, miembros de un solo cuerpo, reafirmamos nuestra unidad y nos reiteramos nuestro apoyo los unos a los otros. Percibimos Su presencia entre nosotros, y anhelamos que llegue el día en que nos levantará de entre los muertos, o transformará nuestro cuerpo físico haciendo de él un nuevo cuerpo espiritual, para llevarnos a morar con Él por toda la eternidad. Nos produce gozo el saber que no importa si Él viene antes que muramos, ni si morimos antes que Él venga. Si morimos primero, Él nos resucitará (Juan 5.28–29; 1<sup>era</sup> Tesalonicenses 4.16). Y si Él viene primero, Él nos transformará (1<sup>era</sup> Corintios 15.52–57).

### UNA CELEBRACIÓN QUE SE HACE CON REVERENCIA

Los cristianos tenemos mucho que celebrar. Celebramos la unidad que tenemos por ser un cuerpo, con Cristo en medio de nosotros. Celebramos nuestra familia. Celebramos nuestras victorias —no sólo la victoria sobre el pecado, victoria que obtuvimos en forma compartida en la cruz, sino también las victorias que tenemos en lo personal al andar con Él cada día. Celebramos nuestra esperanza en la resurrección, que es nuestra liberación de la muerte. Celebramos la promesa de Su Segundo Advenimiento. El volver a la cruz mediante la participación en la Cena del Señor no equivale a entonar un canto fúnebre. Jesús jamás quiso que así fuera. Su propósito ha sido que Su Cena sea un momento y un lugar al que estemos volviendo frecuentemente, y en el que se nos recuerde de la Fuente de nuestra redención. Desea que recordemos no solo por qué fue necesaria Su muerte, sino también por qué es necesaria nuestra muerte al pecado. Recordar que nuestra

<sup>2</sup> David Roper, «El retrato de una familia», en *Hechos*, 8, *La Verdad para Hoy*, tomo 1, núm. 8, s.f., p. 37.

muerte al pecado tuvo lugar en la cruz es tan importante como recordar que Su muerte tuvo lugar allí. «Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo» (1<sup>era</sup> Corintios 15.57).

Celebremos —pero reconozcamos que Dios es santo y puro, mientras que nosotros somos pecaminosos y débiles. Él no es como nosotros, pero desea que nosotros seamos como Él. La Cena del Señor es la ocasión perfecta para que mostremos tanto la reverencia como el gozo. Debemos acercarnos al festín memorial viendo en éste un símbolo que nos permite participar indirectamente en Su muerte en la cruz, y al mismo tiempo celebrar la victoria que obtuvo por nosotros en su paso de la cruz al sepulcro que dejó vacío. Así, la Mesa es el centro en el cual converge la adoración —el centro al cual dirigen nuestra atención los cánticos, las oraciones y las meditaciones de las Escrituras del primer día de la semana. Una vez que mi mente está allí, puedo reflexionar sosegadamente, estando maravillado, lleno de temor reverencial y asombrado de que Jesús pudo pagar semejante precio por mí, y al mismo tiempo celebrar el hecho de que lo hizo. Cada vez que me acerco a la Mesa del Señor, algo me obliga a reconocer que Jesús tuvo que hacer lo que hizo en la cruz, por causa de lo que yo soy —y que Él fue el Único que pudo hacerlo, por causa de lo que Él es. Las lágrimas que a veces llenan mis ojos son una mezcla de gozo y de pena. Me maravilla que no sólo se me permite, sino que también se me invita, a acercarme al Padre. Por eso, no me queda más que «alabar y engrandecer Su nombre». La comunión que se tiene en la Mesa del Señor es una celebración, pero también es un momento para inclinarnos llenos de reverencia delante de Su majestad. «Porque esto es lo que exalta el carácter de Dios y expresa la razón por la que Él es digno de nuestra adoración».<sup>3</sup>

### CONCLUSIÓN

El poder de la Cena del Señor no reside en la magia que puedan tener los elementos que se usen, sino en el evento que se conmemora. La Cena es uno de dos símbolos cristianos que dirigen nuestra atención a la cruz de Cristo. El otro es el bautismo —la inmersión en agua— que simboliza nuestra muerte, sepultura y resurrección con Cristo. Estos símbolos proporcionan un medio de participar en

<sup>3</sup> Robert E. Webber, *Worship Is a Verb: Eight Principles for Transforming Worship (Adorar es un verbo: Ocho principios para transformar la adoración)*, (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1999), 16.

un evento que ya ocurrió. La participación en el memorial mantiene vivo el evento y nos permite recrearlo en nuestra propia experiencia. Cuando uno se bautiza tiene una única participación en la muerte, sepultura y resurrección de Cristo. En la Mesa del Señor, en cambio, podemos participar en Su muerte, sepultura y resurrección cada semana. Es crucial mantener vivo y activo este evento en nuestro corazón. Recibimos fortaleza de estar reuniéndonos regularmente como familia, y también de estar reviviendo regularmente el sacrificio de Jesús y la victoria que tenemos con Él.

La comunión familiar es especial —lo es incluso la comunión con la familia física. La iglesia es una familia debido al pacto que dentro de ella tienen unos con otros y con Dios. Jesús se refirió a Su sangre como la «sangre del nuevo pacto» (Mateo 26.28). No se puede calificar de demasiado frecuente la participación en esta comida especial del pacto, y no se debe tener deseo alguno de comerla a toda prisa. Este es el evento que nos une y nos mantiene juntos siendo un solo cuerpo. La Cena del Señor no es simplemente un ritual que se ha de llevar a cabo, sino una comida que nos une y nos permite a cada uno tener comunión con Dios y con los demás.

Por tanto, la Cena del Señor debe ser parte de nuestro culto semanal de adoración, tanto como lo son las oraciones y las alabanzas. La muerte de Jesús debe seguir ocupando una posición central en nuestra adoración. Dios concibió la Cena del Señor con el propósito de acercarnos cada semana a la cruz, donde tuvo lugar nuestra redención, y donde fue sellada nuestra victoria.

---

### ¿HA DE DIRIGIR UNA MUJER LA ADORACIÓN?

Génesis 2 y 3; 1<sup>era</sup> Corintios 14 y 1<sup>era</sup> Timoteo 2 demuestran que el varón ha de ser el líder y la mujer la seguidora. Aun si los ancianos autorizaran a una mujer ejercer la dirección (lo que aparentemente la libraría de la acusación de usurpar la autoridad), sería un error de parte de ella el asumir tal puesto. Las enseñanzas de Dios tienen prioridad sobre las de los ancianos.

Se haga en público o en secreto, la adoración seguirá siendo adoración. Un hombre puede orar mientras corta leña en el bosque; una mujer puede orar mientras hace sus quehaceres. Cuando una familia ora unida, cuando los jóvenes se reúnen, o cuando la iglesia se reúne, los fundamentos de la adoración son los mismos. Si hay hombres piadosos presentes, las mujeres piadosas desearán que ellos dirijan.

Hugo McCord